



**Homilía en la Misa de funeral *corpore insepulto*
del presbítero Alejandro Lozano Casas
Parroquia de San Francisco de Asís (Soria) - 16 de enero de 2020**

Queridos sacerdotes concelebrantes; familiares de D. Alejandro; hermanos todos en el Señor:

Hemos venido esta mañana a la parroquia de San Francisco de la ciudad de Soria para unir nuestra pobre y sincera oración a la oración de Cristo. Queremos pedirle que acoja en sus manos de Buen Pastor al presbítero diocesano D. Alejandro, que nos dejaba el pasado martes cerca ya de los ochenta y ocho años. En esta celebración eucarística pedimos al Señor que esté ya con Él y, si hay algo por lo que deba purificarse, que nuestras oraciones le sean de ayuda.

Dios quiso elegirlo para ejercer el sacerdocio ministerial y ser representación sacramental de Cristo, sumo y eterno Sacerdote. En las palabras y en la actitud de D. Alejandro, siempre sonriente y cercano, se podía apreciar la alegría de vivir el sacerdocio sin reservas al servicio de la Iglesia.

En la primera lectura hemos escuchado cómo Ezequiel recibe el Espíritu y es enviado por Dios a personas que no aceptan a su Señor, personas de corazón duro. Hoy también encontramos en el ejercicio de nuestro ministerio personas que hacen oídos sordos al Evangelio e, incluso, corazones que rechazan el mensaje de Jesús porque pone en crisis nuestras formas de pensar, nuestras formas de vivir y los propios deseos. Aun así, la misión del sacerdote es proclamar la Palabra de la verdad, como nos recuerda el Apóstol: *“Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina”* (2 Tm 4, 2).

Agradecemos esta mañana al Señor el regalo que nos ha hecho en la persona de D. Alejandro y agradecemos su entrega al ministerio confiado durante sesenta y cinco años. Pablo exhortaba a su discípulo Timoteo: *“Sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio”* (2 Tm 4, 5).

Nuestra fe en Cristo nos lleva a profesar la felicidad eterna que el Señor nos tiene preparada. Así lo hacemos en esta Eucaristía que ofrecemos por nuestro hermano presbítero, como nos recuerda Pablo: *“Los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados”* (1 Co 15, 52). Esto es un misterio que aceptamos por la fe; no pretendamos desentrañarlo con la mera lógica humana, más bien hay que vivirlo con la confianza propia de los hijos. El Papa Francisco desea *“que, tanto a nivel teológico como a nivel del anuncio, de catequesis y de formación cristiana, se renueve*

el interés y la reflexión sobre la eternidad, sin la cual la dimensión del presente queda privada de un sentido último, de la capacidad de renovación, de la esperanza en el futuro” (Mensaje a los participantes en la XXII Sesión pública de las Pontificias Academias, 4.12.2018).

Demos, pues, gracias a Dios *“que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (1 Co 15, 57), y pidamos que nuestro hermano Alejandro, libre de sus pecados y bajo la guía del buen Pastor, pueda gozar de los pastos eternos. Su partida de entre nosotros nos anima a vivir más centrados en nuestro Dios: *“Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor”* (Rm 14, 8).

En el Evangelio, San Juan nos ha recordado que es necesario morir para resucitar: *“En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24). Amemos a Dios y perdamos la propia vida para gozar de la Vida eterna: *“El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna”* (Jn 12, 25). Si seguimos al Señor en la tierra y lo hacemos con espíritu de servicio, gozaremos de su tierna compañía en el Cielo. Esto es lo que deseamos para D. Alejandro y pedimos al Dios de la misericordia que lo acoja y premie su entrega por el reino de Dios.

No tengo duda de que este sacerdote ha sido feliz por haber ofrecido con alegría y con cariño lo que había recibido, sabiendo que sólo con el Señor podía hacer fructificar la semilla que depositó en sus manos cuando lo llamó al sacerdocio. Y es que sólo teniendo a Dios como norte de nuestra existencia y como fondo de nuestro actuar cotidiano podemos caminar en la verdad.

Esta mañana pedimos al Señor que, habiendo terminado D. Alejandro su combate y finalizada su carrera en esta vida, reciba la corona de gloria que el Señor tiene reservada para los que lo aman. Con espíritu filial ponemos nuestra mirada en nuestro Señor, esperando su misericordia, como hemos recitado en el salmo (cfr. Sal 122, 2). ¡Que nuestra Madre la Virgen de Santos Nuevos le acompañe hasta la presencia del buen Dios! Amén.

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**